

**Citación bibliográfica:** LEONARDO-LOAYZA, Richard Angelo. «La madre no normativa en Los ingravidos, de Valeria Luiselli; La perra, de Pilar Quintana y Casas vacías, de Brenda Navarro». *América sin Nombre*, 27 (2022): pp. 70-86, <https://doi.org/10.14198/AMESN.20048>

## La madre no normativa en *Los ingravidos*, de Valeria Luiselli; *La perra*, de Pilar Quintana y *Casas vacías*, de Brenda Navarro

### The Non-normative Mother in *Los ingravidos*, by Valeria Luiselli; *La perra*, by Pilar Quintana, and *Casas vacías*, by Brenda Navarro

RICHARD ANGELO LEONARDO-LOAYZA  
*Universidad Nacional Federico Villarreal, Perú*

[rleonardo@unfv.edu.pe](mailto:rleonardo@unfv.edu.pe)

 <https://orcid.org/0000-0001-6867-2127>

Fecha de recepción: 28-05-2021

Fecha de aceptación: 28-06-2021

#### Resumen

La narrativa latinoamericana de los últimos veinte años presenta una serie de cambios importantes, entre lo que destaca la maternidad como una de sus principales temáticas. Pero, no se habla de esta experiencia en términos de exaltación, sino que se la somete a una serie de cuestionamientos, poniendo en duda si se trata de una práctica que desarrollan naturalmente las mujeres cuando llegan a ser madres. El presente artículo pretende demostrar que en esta narrativa aparece un personaje social recurrente: la madre no normativa, entendida como aquel individuo femenino que no puede o no quiere seguir los mandatos que la sociedad le impone a las mujeres para ser reconocidas como madres. Para lograr nuestro objetivo analizaremos tres novelas fundamentales que pertenecen a dicho corpus: *Los ingravidos* (2011), de Valeria Luiselli, *La perra* (2017), de Pilar Quintana, y *Casas vacías* (2020), de Brenda Navarro.

**Palabras clave:** Maternidad; Madre no normativa; Narrativa Latinoamericana; Valeria Luiselli; Brenda Navarro; Pilar Quintana.

© 2022 Richard Angelo Leonardo-Loayza



Este trabajo está sujeto a la licencia de Reconocimiento 4.0 Internacional de Creative Commons (CC BY 4.0).

### Abstract

The Latin American narrative of the last twenty years presents a series of important changes, among which motherhood stands out as one of its main themes. However, this experience is not spoken of in terms of exaltation, but rather it is subjected to a series of questions, questioning whether it is a practice that women naturally develop when they become mothers. This article aims to demonstrate that a recurring social character appears in this narrative: the non-normative mother, understood as that female individual who cannot or does not want to follow the mandates that society imposes on women to be recognized as mothers. To achieve our objective, we will analyze three fundamental novels that belong to this corpus: *Los ingravidos* (2011), by Valeria Luiselli, *La perra* (2017), by Pilar Quintana, and *Casas vacías* (2020), by Brenda Navarro.

**Keywords:** Maternity; the non-normative mother; Latin American Narrative; Valeria Luiselli; Brenda Navarro; Pilar Quintana.

### Introducción

La maternidad es un tema que ha sido tratado en forma deficiente por el discurso literario. Puede decirse, junto a Laura Freixas, que dicha temática estaba absolutamente devaluada y asociada con la baja cultura, por lo que se la consideraba que no estaba «a la altura de otros temas universales» (13). Si se formula una explicación al respecto podría decirse que los creadores de esta literatura eran en su mayor parte varones y, por lo tanto, ajenos a la experiencia de ser madres (Reyes 39). De otro lado, también podría argumentarse que estos mismos autores varones le conferían un escaso valor literario a tal experiencia, motivo por el que se la representaba poco. Sin embargo, el panorama se transformó radicalmente en las últimas décadas. Hoy la maternidad se ha convertido en un tema recurrente en la literatura. Dicho cambio puede deberse a que en el presente periodo hay más mujeres dedicándose a la práctica literaria y que asumen, como lo han hecho los discursos feministas, que la maternidad es un problema central de los debates contemporáneos (Gimeno 165).

Ahora bien, este tipo de literatura no solo es narrada desde los cánones tradicionales, en los que se la muestra como un ejercicio natural a las mujeres y, por ende, sin ninguna dificultad en su desenvolvimiento. Por el contrario, dichas narraciones ponen énfasis en lo problemático que es asumir la condición de maternidad, debido a que se trata de una práctica social y cultural que está sometida a una serie de mandatos, escrutinios y controles de parte de la sociedad heteropatriarcal, convirtiéndose así en una «de las fuentes de la opresión» (Collín y Laborie 147). Esta literatura representa la situación de conflicto que supone para muchas mujeres llegar a ser madres.

En la narrativa latinoamericana de los últimos veinte años han aparecido un grupo importante de escritoras que vienen desarrollando la mencionada temática. Entre ellas están las mexicanas Valeria Luiselli, *Los ingravidos* (2011), Patricia Laurent

Kullick, *La gigante* (2015), Brenda Navarro, *Casas vacías* (2020) y Guadalupe Nettel, *La hija única* (2020); las colombianas Margarita García Robayo, *Tiempo muerto* (2017) y Pilar Quintana, *La perra* (2017); las argentinas Ariana Harwicz, *Matate amor* (2012), Samanta Schweblin, *Distancia de rescate* (2014) y Claudia Piñeiro, *Una suerte pequeña* (2015); la ecuatoriana Mónica Ojeda, *Mandíbula* (2018); la uruguaya Fernanda Trías, *La azotea* (2018); las peruanas Gabriela Wiener, *Nueve lunas* (2009) y Jenifer Thorndike, *Ella* (2014); y la brasileña Nélide Piñón, *La camisa del marido* (2015). Un aspecto común que puede reconocerse en las ficciones de las autoras citadas es que se refieren a un mismo sujeto social: la madre no normativa, un personaje que se define como alguien cuyos actos no se inscriben en los patrones tradicionales de la maternidad occidental.

El presente artículo analizará tres novelas del corpus indicado: *Los ingrátidos* de Valeria Luiselli, *La perra* de Pilar Quintana y *Casas vacías* de Brenda Navarro. En dichos textos, sus autoras problematizan las nociones tradicionales de maternidad que han sido establecidas por la sociedad. Las tres novelas muestran, desde perspectivas diferentes, la complejidad real que conlleva asumir la condición de ser madre.

### De madres normativas y no normativas

Las mujeres cuando llegan a procrear tienen que seguir una serie de prescripciones si desean ser reconocidas socialmente como madres. Cada época, cada cultura, establece los modos de ejecutar la maternidad y el rol materno, es decir, qué es lo que se espera, qué es lo que se valora como lo correcto y lo incorrecto en el ejercicio de ser madres. A lo largo de la historia los atributos vinculados a la condición de maternidad la caracterizan por ser una actividad natural, esencial e instintiva de las mujeres. Esta concepción se reproduce en la esfera de lo privado y de lo doméstico, resaltando las capacidades femeninas en cuanto a la reproducción y a los cuidados. Lógica que se lleva al extremo cuando hoy es una constante los vientres de alquiler, en los que se reafirma que «las mujeres son seres destinados a custodiar y parir lo que otros crean y desean» (Varela 19). De este modo, la división sexual del trabajo establece que las mujeres además de la concepción, la gestación, el parto y la lactancia, deben ocuparse en forma exclusiva de la crianza de los hijos, porque poseen «una especie de caja de herramientas innata que induce a las mujeres más que a los hombres a criar a sus hijos, ya sean biológicos o adoptados, y a cuidar de ellos» (Donath 59). Desde tal lógica, que es la lógica de la cultura patriarcal, se establece la idea de que ser madres es el destino natural de las mujeres, aunque de manera subrepticia perpetúe situaciones de desigualdad social, política y económica entre ellas y los hombres.

Asumir socialmente el papel de madre acarrea un conjunto de estereotipos que se manifiestan como una representación ideal y abstracta, que encarna la esencia atribuida a la maternidad. De esta manera, la madre es portadora «del amor sin límites» (Recalcati 130) y «el instinto materno» (Badinter 12), del que se derivan

virtudes como la paciencia, el cuidado, la tolerancia, la protección, el sacrificio y la entrega gustosa de las mujeres a la maternidad. Estos mandatos también regulan el mundo emocional de las madres, reglamentando aquello que es o no lo apropiado. Aunque como afirma Orna Donath (2017) no hay «una única emoción que los hijos inspiren» (63), el imaginario social asume y espera que todas las madres sientan lo mismo si desean ser vistas como madres normativas y hacerse así «merecedoras del respeto social» (Gimeno 164). Se exige que estas se sacrifiquen por los hijos, los cuiden, y que además los quieran a todos sin objeción ni condición alguna. Un aspecto importante para tener en cuenta es que las mencionadas regulaciones sociales no solo se producen de parte de la sociedad, representada en el resto de la gente, sino que están interiorizadas en las propias madres. Por una parte, como dice Julia Kristeva, porque en la abnegación y el sacrificio materno, algunas mujeres encuentran gratificación y gozo (219). Por otra, esto en la esperanza de que se cumplan las promesas que, desde siempre, le ha formulado el sistema patriarcal. Donath lo explica así:

La maternidad la conducirá a una existencia valiosa y justificada, un estado que corrobora su necesidad y vitalidad. La maternidad anunciará tanto al mundo como así misma su extensión de mujer en toda la extensión de la palabra, una figura moral que no solo paga su deuda con la naturaleza al crear vida, sino que además la protege y la promueve (34).

Resulta oportuno preguntarse si todas las mujeres están dispuestas a llegar a ser madres normativas o, si todas ellas poseen las condiciones materiales y emocionales para lograr el ideal mencionado. Lo cierto es que existe una gran cantidad de mujeres que no quiere, o no puede, lidiar con estas exigencias, ya que son difíciles y, muchas veces, hasta imposibles de alcanzar. En tal contexto es que aparece la figura de la madre no normativa. Cristina Palomar (2004), quien llama a este sujeto «mala madre», la define como la mujer que no cumple «con los ideales de la maternidad socialmente construida con base en tres campos fundamentales: el legal, el moral y el de la salud» (19).

La madre no normativa siempre ha estado presente en la historia de la humanidad, pero recién desde las últimas décadas este personaje social ha asumido protagonismo en la escritura literaria, en un intento por comprender las circunstancias de su aparición<sup>1</sup> y, asimismo, evidenciar la complejidad que implica para las mujeres asumir la maternidad y tratar de ejercerla con éxito. Como acota Jacqueline Rose, el ser madre conlleva: «una gama amplia y compleja de emociones que queda silenciada o suprimida, y que borra de golpe todo aquello que un ser humano siente

---

1. Dos autoras que se podrían asumir como las precursoras de este tipo de narrativa en Latinoamérica son Amparo Dávila, con diversos cuentos como «La celda» (1959), «Detrás de la reja» (1964), «Arthur Smith» (1964), «El pabellón del descanso» (1977) y «El último verano» (1977). Y Ana María Shua, con *Los amores de Laurita* (1984).

por dentro» (100). En dicha línea de sentido, se entiende por qué esta madre no normativa se ha convertido en una de las figuras centrales de una importante parcela de la narrativa latinoamericana que se escribe por estos días.

### *Los ingravidos: maternidad y escritura*

La reflexión sobre el ejercicio de la maternidad es un tema fundamental en *Los ingravidos* (2011)<sup>2</sup>, de Valeria Luiselli. El personaje principal es una mujer escritora de mediana edad, que vive con su esposo y sus dos hijos (el mayor tiene aproximadamente cuatro años y la menor es una bebé). A medida que relata una serie de hechos pasados sobre su reciente juventud, en una ciudad estadounidense, este personaje va refiriendo las peripecias que experimenta en la actualidad al tratar de conciliar su deseo de seguir escribiendo con su condición de madre<sup>3</sup>. Si bien no expresa directamente su desasosiego, porque ya no puede hacer libremente lo que desee con su vida, debido al ejercicio de la maternidad, lo cierto es que va evidenciando las dificultades que implican el intentar ser una madre normativa y lograr, a la vez, sus aspiraciones personales.

Una primera situación que debe afrontar este personaje es el tiempo que le puede dedicar a la escritura:

Ahora escribo de noche, cuando los dos niños están dormidos y ya es lícito fumar, beber y dejar que entren corrientes de aire. Antes escribía todo el tiempo, a cualquier hora, porque mi cuerpo me pertenecía. Mis piernas eran largas, fuertes y flacas. Era propio ofrecerlas, a quien fuera, a la escritura (Luiselli 13).

La mujer del relato se ha visto en la necesidad de restringir su tiempo para escribir. Lo hace de noche, como una actividad «ilícita», al igual que el fumar o beber. Antes podía escribir a cualquier hora del día, en cambio ahora solo puede hacerlo cuando sus hijos ya descansan. La prioridad la tiene el ejercicio maternal. Escribir ha pasado a ser una cuestión secundaria, algo que se practica con el tiempo que sobra. Un aspecto relacionado al anterior es que la narradora señala que podía realizar todas estas actividades cuando su cuerpo le pertenecía, es decir, que, ahora, considera que no es suyo. En efecto, en el contexto de la maternidad, el cuerpo de la mujer le pertenece al patriarcado. Por eso, Rose señala que «la colonización masculina del cuerpo de las madres empieza en el vientre» (67). Los hijos no solo se apropian del cuerpo de la madre mientras dura el embarazo, sino que también antes y después de este, porque la obligan a adoptar ciertos hábitos referidos a la salud para el cuidado

2. Para el desarrollo de este artículo se empleará la edición de 2016, a cargo de la Editorial Sexto Piso. Todas las citas corresponden a dicha edición.

3. Licata se equivoca cuando sostiene que la narradora personaje «es el alter ego de Valeria Luiselli» (73). Asumir una posición semejante implicaría aceptar que la literatura es homologable a la vida. Como se sabe, estas son dos instancias ontológicamente diferentes.

de su prole. La vida de esta mujer escritora se encuentra supeditada a la vida de sus hijos, especialmente a la de su bebé: «La leche, el pañal, los vómitos y regurgitaciones, la tos, los mocos y la baba abundante. Los ciclos de ahora son cortos y urgentes. Es imposible tratar de escribir» (Luiselli 26). Su actividad de escritora ha sido reemplazada por la de madre. Su existencia gira en torno a sus hijos, por eso se aboca a satisfacer las necesidades de ellos, incluso si para lograrlo urge sacrificar su propia persona, postergarse como individualidad:

Puedo escribir de día sólo cuando la bebé duerme siestas a mi lado. Aprendió a sujetar las cosas que se le acercan y se aferra a mi mano derecha para dormir. Escribo un rato con la mano izquierda. Las mayúsculas son muy difíciles. Hago el intento dos o tres veces de recuperar mi mano, deslizarla suavemente por entre los barrotos diminutos de sus dedos, y traerla hacia el teclado para escribir una línea más. Se despierta y llora, me mira con resentimiento. Le devuelvo mi mano y otra vez me quiere (Luiselli 27).

Como se dijo, el cuerpo de la madre escritora ya no le pertenece. Su mano, su herramienta para escribir, se ha transformado en un objeto para el cuidado de su bebé. Si bien en un primer momento la mujer se resiste, intenta escapar de los «barrotos» de los dedos de su hija, al final la voluntad de esta se impone. La aceptación del dictado social se camufla bajo el ropaje del afecto.

Ahora bien, las restricciones también involucran el espacio en donde la madre pretende llevar a cabo su oficio:

En esta casa tan grande no tengo un lugar para escribir. Sobre mi mesa de trabajo hay pañales, cochecitos, transformers, biberones, sonajas, objetos que aún no termino de descifrar. Cosas minúsculas ocupan todo el espacio. Atravieso la sala y me siento en el sofá con mi computadora en el regazo. El niño entra en la sala:

¿Qué estás haciendo, mamá?

Escribiendo.

¿Escribiendo nomás un libro?

Nomás escribiendo (Luiselli 13-14).

A pesar de que habita en un lugar espacioso, la mujer no tiene donde escribir. Su mesa de trabajo, igual que su tiempo y su cuerpo, ha sido tomada por los niños y sus diversos objetos. Cuando cree que puede reiniciar su actividad de escritura, «El mediano» (así llama a su primogénito) entra y la interrumpe. En la respuesta que la mujer formula a la pregunta del niño puede reconocerse el valor que esta le asigna a la escritura en la situación de maternidad que está viviendo. Se trata de una acción más, como cualquier otra. Lo que ocurre es que los mandatos sociales hacen que todas las actividades de la protagonista de la novela estén enfocadas en sus hijos. Si bien ella acepta dichos mandatos y los cumple, lo cierto es que es consciente de que la nueva vida que lleva no la satisface del todo, que ha caído en una rutina:

No sé qué diría Laura [su hermana] ahora que mis únicas caminatas son entre la cocina y la sala, entre el baño de arriba y el cuarto del mediano y la bebé. Pero todo eso no lo sabe Laura, ni se lo contaré (Luiselli 25).

La mujer vive encerrada en su casa, pendiente de los requerimientos de sus hijos. Resulta significativo que no quiera contarle a su hermana la situación que está experimentando. Por lo visto ser madre no es un motivo de orgullo para esta mujer, siente vergüenza por lo que la maternidad ha hecho con ella. De alguna forma, es consciente de que se ha convertido en un objeto:

Sé que cuando entre hoy al cuarto de los niños, la bebé percibirá mi olor y se estremecerá en su cuna, porque algún secreto de su cuerpo le enseña desde ahora a reclamar su parte de aquello que nos pertenece a las dos, aquello que nos arrebatamos todos los días, los hilos que nos sostienen y nos separan. Le daré de comer.

Luego, cuando entre a mi cuarto, mi marido también reclamará su porción de mí y yo me entregaré al goce indefinido, abrupto, sereno de su tacto (Luiselli 27).

La mujer es para su bebé un objeto que le procura alimento, que puede usar las veces que necesite comer. Pero, a la vez, también es un objeto de placer para su esposo, el cual puede reclamar una porción de ella, situación a la que esta última se entrega con deseo. Un aspecto interesante de lo anterior es que el personaje del relato, a pesar de seguir los mandatos de la maternidad, no renuncia a su sexualidad, como se espera que lo haga una madre normativa. Como explica Rose: «una madre es una mujer cuyo lado sexual es invisible» (49). La mujer del relato considera que el contacto con su pareja es vital, debido a que se convierte en una especie de bálsamo de la tarea maternal.

Como se aprecia, en este personaje el oficio de ser escritora entra en conflicto con la condición de ser madre. Aparentemente, la narradora de *Los ingravidos* es una madre normativa, porque cumple con los mandatos que la sociedad le impone para ser reconocida como tal. Se sacrifica por sus hijos, deja de lado todo por ellos (incluso su oficio de escribir). Pero debe prestarse atención al hecho de que dicho cumplimiento se realiza con cierta resistencia. La mujer no presenta ninguna emoción por las actividades que realiza, no se trata de una cuestión de querer, sino de deber. Ella se siente obligada a actuar de esa manera. Lo que la narradora quisiera hacer realmente es dedicarse a la escritura, entregarle todo el tiempo posible (como antes), pero el ser madre la restringe, la constriñe a dejar su oficio en un segundo orden. Una prueba de lo dicho es que en la diégesis este personaje nunca manifiesta algún tipo de caricia o beso hacia sus hijos. El trato con ellos es impersonal. Incluso nunca los llama por sus nombres verdaderos, apenas se refiere a ellos como «El mediano» o «La bebé». Del mismo modo, el hecho de recordar constantemente su vida pasada, al punto de escribir sobre esta, revela que no está contenta con la existencia que lleva en la actualidad, por eso apela al recuerdo, para aligerar la insatisfacción del presente.

El personaje principal de la novela de Luiselli es una madre no normativa, porque si bien cumple con los imperativos sociales de lo que debe hacer una madre, lo cierto es que este acatamiento se queda solo en el nivel de lo material. Esta mujer añora el pasado, el tiempo en el que era libre y podía disfrutar de sí misma, sin hijos, sin esposo. Un tiempo en el que la escritura lo era absolutamente todo. Se trata de una «madre –a-medias», que como explica Meruane, «es la madre-dividida, entre el amor materno y la pasión profesional» (123).

### ***La perra. De maternidades protésicas a maternidades no normativas***

En *La Perra*, de Pilar Quintana, se pone en evidencia los efectos posibles que se pueden generar, como resultado de los mandatos sociales a los que están sometidas las mujeres cuando desean ser madres. En la novela se presenta el caso de Damaris, mujer afrodescendiente y pobre, quien se fue a vivir con Rogelio cuando apenas había cumplido la mayoría de edad. Un par de años después de convivir y ver que no podían tener hijos, la gente empezó a decirles: «¿Para cuándo los bebés? O ‘Qui’hubo que se están demorando’» (Quintana 18). A partir de esta situación, Damaris recurrió a una serie de recursos para quedar embarazada, pero sin lograr algún resultado positivo. Su última oportunidad era buscar al jabainá, un médico indígena, que no solo le dio bebedizos como otros curanderos que consultó antes, sino que le sumó baños, sahumeros y la invitó a ceremonias en las que la ungió, frotó, fumó, rezó y cantó. Pero no sucedió nada:

Damaris no tuvo siquiera un atraso y el jabainá les dijo que no podía hacer nada por ellos. De alguna forma fue un alivio, pues tener relaciones se había convertido en una obligación. Dejaron de tenerlas, al principio tal vez solo para descansar, y ella se sintió liberada, pero al mismo tiempo derrotada e inútil, una vergüenza como mujer, una piltrafa de la naturaleza (Quintana 24).

Para esta mujer, el sexo no es considerado importante, si es que no lleva a la reproducción. Al no producirse esta, tener relaciones sexuales se convierte en una carga. En tal línea de interpretación, se puede entender por qué para Damaris no seguir teniendo sexo fue una liberación. De otra parte, es revelador el hecho de que este personaje se sienta culpable por no poder tener hijos. La culpa nace de la idea de que la principal función de la mujer es la procreación. Si no puede cumplir dicha tarea entonces no sirve. No debería sorprender tal idea, puesto que la feminidad ha sido definida a partir de la maternidad (Vilches 51). Como indica bien Luce Irigaray, las mujeres son madres desde que son mujeres (14). Mientras la mujer pueda cumplir con dicha función es útil, cuando no, se transforma en algo inservible, desechable. Por eso, Damaris no solo se siente derrotada e inútil, sino que es una «vergüenza como mujer», porque no puede cumplir con el rol que le ha encomendado la naturaleza, de la cual se considera una «piltrafa» (residuo). Aquí se observa la poderosa relación que la sociedad, desde el origen de los tiempos, ha establecido entre mujer

y naturaleza, asumiendo, como dice bien Sherry B. Ortner, a la primera como más próxima de la segunda que el hombre, debido a las funciones fisiológicas de la mujer; «una concepción con la que ella misma, en cuanto observadora de sí y del mundo, puede estar de acuerdo» (Ortner 119). La mujer es concebida como una metonimia de la naturaleza, pues ella, como esta, puede y debe dar vida.

Un día las cosas cambian cuando Damaris encuentra a su vecina Elodia, parada en medio de la calle y con una caja de cartón conteniendo cachorros. La vecina le cuenta que le envenenaron a su perra y que está regalando a sus crías. Damaris se conmueve y decide llevarse una de ellas. Elodia le advierte que se trata de una hembra, pero a Damaris no le importa e igual se la lleva. En el imaginario social, un cachorro hembra no tiene el mismo valor que uno macho, por eso la necesidad de advertirle de su condición a Damaris. Está claro que el rechazo tiene su fundamento en que las hembras son propensas a la maternidad, la cual es percibida como un problema (económico, si se piensa en la manutención de su potencial descendencia). Algo similar sucede con las mujeres (que también son hembras), porque cuando llegan a la maternidad esta es estimada como un tipo de enfermedad o forma de debilitamiento (Rose 36). Se trata de una de las contradicciones del sistema patriarcal, que les exige a las mujeres convertirse en madres, pero cuando lo logran, el propio sistema las evalúa como una carga social.

A partir de ese momento, Damaris entabla una relación especial con el perro adoptado, el cual se convertirá en un remedio para su soledad. Por ejemplo, como no sabía dónde llevar a la cachorra, «se la puso contra el pecho. Le cabía en las manos, olía a leche y le hacía sentir unas ganas muy grandes de abrazarla y llorar» (Quintana 11). Damaris no mira a este animalito como una mascota. No es gratuito que se lo ponga contra el pecho (símbolo supremo de la maternidad), sino que dicho acto recuerda lo que hacen las madres en cuanto pueden ver a sus hijos recién nacidos. Dicha impresión se refuerza con la ternura que le provoca entrar en contacto con la cachorra; al tocarla nace en Damaris el deseo de protegerla, como si fuera un hijo. Massimo Recalcati (2018) dice que «el Otro materno es el primer ‘socorredor’ en el arranque traumático de la vida; sus manos sirven para preservar esa vida, para protegerla, para sustraerla a la posibilidad de la caída» (23). Esta apreciación se reafirma con el hecho de que Damaris, a pesar de saber el mal carácter de su esposo con respecto a los animales (tiene tres perros y los maltrata), de igual modo se lleva a la cachorra a su casa: «se dijo que con la perra todo sería diferente. Era suya y ella no permitiría que Rogelio le hiciera ninguna de esas cosas, no dejaría que la mirara mal» (Quintana 13). Damaris se siente en la obligación no solo de querer, sino de proteger a su perra, incluso de su pareja.

En efecto, esta mujer le dedica un trato especial a su cachorra respecto a los otros perros que hay en su casa. Con la perra hay una distinción:

Durante el día Damaris llevaba metida a la perra en el brasier, entre sus tetas blandas y generosas, para mantenerla calientita. Por las noches la dejaba en la caja de cartón que

le había regalado don Jaime, con una botella de agua caliente y la camiseta que había usado ese día para que no extrañara su olor (Quintana 16).

El tratamiento que le procura a su perra no es un simple acto de piedad hacia los animales, es como si en lugar de un cachorro, se estuviera hablando de un ser humano. Esta situación llega a su manifestación más extrema cuando Damaris decide ponerle un nombre a la perra. La llamará Chirli. En una ocasión, cuando la visitó su prima Luzmila le preguntó al escuchar el nombre de la cachorra: «—¿Chirli como la reina de belleza? —se rio Luzmila—, ¿así no era que le ibas a poner a tu hija?» (Quintana 19). Ponerle al perro el nombre que había elegido para la hija que deseaba tener, implica una acción de sustitución. Lo que está haciendo Damaris es colocar en el lugar de la hija no procreada a la perra. A nivel simbólico le está reconociendo un valor similar o igual, por eso lo de las demostraciones de afecto tan intensas. El nombre es algo que existe antes de la procreación y, como explican Marcer y Kicillof (1990), es por este empeño en nombrar, que el nombre que se ha elegido estará cargado de una fuerza inconsciente que buscará hacer realidad un ideal o un deseo que ha sido postergado, pues va a estar relacionado con el material inconsciente. Damaris, con la decisión de adoptar a Chirli y tratarla de esa manera, ha hecho realidad su deseo postpuesto de ser madre. La perra se ha convertido en su hija, a pesar de no haberla parido ni tratarse de un ser humano. Este caso podría definirse como una maternidad protésica (Leonardo-Loayza 162), en la que el hijo (para ser exactos, la hija no procreada) es reemplazado, sustituido, por otra entidad similar: una perra.

Chirli ha adquirido la costumbre de escaparse al monte, en el cual pasa días enteros. Damaris se molesta por esta conducta. Intenta escarmentarla de diferentes maneras, pero no obtiene ningún resultado positivo. En una de las escapadas, Chirli queda embarazada y Damaris cambia ostensiblemente de actitud respecto a ella. La maltrata. Dicha actitud puede considerarse de dos modos distintos. Si se la evalúa desde el punto de vista de la madre, esta mujer está decepcionada de su hija, porque como consecuencia de su desobediencia ha quedado preñada. Damaris no acepta que Chirli creció y que ya no dependa más de ella. Por otra parte, si se lo ve desde la perspectiva de la mujer (del deseo de ser madre), Damaris experimenta un proceso de envidia, porque Chirli ha logrado lo que ella siempre quiso: procrear. Lo irónico del asunto es que su cachorra no actúa como «buena madre»:

La segunda noche se comió a uno de los cachorros y los días que siguieron dejaba abandonados a los tres que quedaron para asolearse en el andén de la piscina o echarse en el lavadero, donde siempre estaba fresco, o debajo de alguna de las casas con los otros perros, en cualquier lado con tal de no estar cerca de ellos. A Damaris le tocaba agarrarla a la fuerza, llevarla de vuelta al quiosco y obligarla a que se quedara acostada para que ellos pudieran mamar (77).

Todo lo anterior hace que la relación entre Damaris y Chirli se deteriore. Por este motivo, la mujer intenta deshacerse de la mascota al regalarla a su vecina Ximena.

Sin embargo, Chirli regresa reiteradamente a la casa de Dámaris. Cuando esta última le pide a Ximena que ate a la perra para que no pueda huir más, Damaris cree que todo acabó. Sin embargo, a la mañana siguiente encuentra a Chirli otra vez en su lugar de siempre, pero con la novedad de que ha destrozado unas cortinas muy importantes para Damaris. Al ver desgarradas dichas cortinas (había otras en el tendedero, pero estaban intactas), la mujer reaccionó mal y cogió con una sogá el cuello del animal:

«Está preñada otra vez», se dijo y siguió apretando con más ganas, apretando, hasta mucho después de que la perra cayó extenuada, se hizo un ovillo en el suelo y dejó de moverse. Un charco amarillo de orina fuerte se esparció lentamente hacia Damaris y se hizo cada vez más largo y delgado hasta que alcanzó sus pies descalzos. Solo entonces Damaris reaccionó. Aflojó la sogá, se alejó del charco, se acercó para tocar con un pie a la perra, y como no se movió, tuvo que aceptar lo que había hecho (Quintana 100-101).

Damaris ha llegado al límite. No ha podido soportar la conducta de Chirli y por eso la ahorcó. Se trata de una acción violenta, que se agudiza cuando Damaris se percata de que la perra está gestando por segunda vez. Esto termina por irritar a la mujer y jala de la sogá con una crueldad inusitada. ¿Cómo puede considerarse este final de Chirli? Una lectura posible es que Damaris, al darse cuenta de que no podía deshacerse de ella regalándola, opta por eliminarla, pero hay que recalcar que esto estaría motivado por la conducta rebelde de Chirli hacia su madre protésica Damaris. Otra lectura, más inquietante, y que refuerza una impresión que ya se había esbozado líneas atrás, es que esta acción sádica protagonizada por Damaris se explica en el hecho de que Chirli puede procrear (incluso dos veces) y ella no. Entonces se trataría de un acto de envidia, por aquello que no se puede obtener. Sea cual fuere la explicación, el comportamiento de Damaris puede ser catalogado como el accionar de una madre no normativa, aunque sea protésica, porque no actúa en función de los roles y mandatos que la sociedad heteropatriarcal impone. El destino de Damaris era no ser madre, pero ella desafió este designio adoptando a un animal y convirtiéndolo en un hijo. Sin embargo, su propósito se frustra, porque el hijo resultó no estar a la altura de su deseo. Lo que sucede es que Damaris no está dispuesta a cumplir los mandatos de la maternidad hasta las últimas consecuencias. Si bien en un primer momento se esforzó por adecuarse a estos, lo cierto es que dichos mandatos la han sobrepasado, provocando en ella la emergencia de una violencia de la que no se creía capaz.

### ***Casas vacías: madres arrepentidas y niños robados***

En *Casas vacías* se narra la historia de dos mujeres mexicanas que pertenecen a dos estratos sociales económicos diferentes. Por un lado, se tiene a la mujer adinerada que no deseó jamás ser madre, pero por cosas del destino tuvo que hacerse cargo de Nagore, la sobrina de su esposo y, luego, ella misma quedó embarazada de Daniel,

un niño autista. Por otro, se tiene a la mujer pobre que siempre quiso ser madre, pero pese a estar casada e intentarlo todo no pudo lograr ese anhelo. Un día la mujer rica saca a pasear a su hijo y en un descuido (esperaba un mensaje de texto de su amante) lo pierde. En realidad, la segunda mujer se lo roba para criarlo como suyo.

Esta novela es significativa, porque muestra el peso que tiene sobre las mujeres el mandato social de ser madres. En el caso de la mujer adinerada de *Casas vacías*, esta es consciente de que no todas las mujeres han nacido para ejercer la maternidad como socialmente se impone. En un pasaje del texto afirma de sí misma: «Hay quienes nacemos para no ser buenas madres y, a nosotras, Dios debió esterilizarnos desde antes de nacer» (Navarro 24). Este personaje niega que la maternidad sea algo que venga con el hecho de ser mujer, sino de que hay algunas que nacen mujeres, pero no pueden con dicha tarea. Resalta el hecho de sentirse culpable por ser una de ellas. Como indica Magda Potok, esta culpabilidad actúa en las mujeres como un efecto destructivo, que actúa «como una voz interna que censura y critica» (58). Ahora bien, no es que la mujer adinerada del relato no haya querido comportarse como una madre normativa, pero a veces el deseo no es suficiente:

Hubo momentos en que quise ser de esas madres que con los pies pesados surcan caminos. Salir a pegar papeletas con el rostro de Daniel, todos los días, todas las horas, con todas las palabras. También, muy pocas veces, quise ser la madre de Nagore, peinarla, darle de desayunar, sonreírle. Pero me quedé suspendida, aletargada, a veces despierta por instinto [...] No parir. No engendrar, no dar pie a las células que crean la existencia. No ser vida, no ser fuente, no dejar que el mito de la maternidad se prolongara en mí. Truncar las posibilidades de Daniel mientras seguía en mi vientre, encerrar a Nagore hasta que dejara de respirar. Ser la almohada que la ahogaba mientras dormía. Recontraer las contracciones por las que ellos dos nacieron. No parir. (Respira, respira, respira). No parir, porque después de que nacen, la maternidad es para siempre (Navarro 21-22).

La mujer del relato es una madre no normativa, porque está arrepentida de concebir y parir, el convertirse en el habitáculo de una nueva vida. Si por ella fuera habría truncado la llegada de su hijo y se hubiera deshecho de su sobrina, asfixiándola. Esta mujer recién entiende con la práctica lo que implica ser madre, una situación que está alejada de los discursos de plenitud y felicidad con los que el patriarcado alienta en las mujeres la maternidad. Ser madre es difícil, porque «es para siempre». Por eso, la mujer del relato considera que dicho ejercicio «es el peor capricho que una mujer pueda tener» (Navarro 30). De tal forma, contradice el discurso de que las mujeres llegan a ser realmente tales con la maternidad, a realizarse con dicha actividad (Recalcati 12). Así como cuestiona esta faceta del discurso, dicha mujer también lo hace respecto a que sus pares, una vez que son madres, desarrollan el instinto materno y saben cómo criar a sus hijos:

Con la cintura quebrada, los coágulos arañando las paredes de mi útero y los ojos arenosos de no dormir, los primeros días con Daniel en mi vida, más que una dicha, eran un suplicio ahogado. Cállate, le decía en un silencio amordazado entre los ojos, por

miedo a que alguien escuchara el escozor que me causaba oírlo llorar por ese no saber sobrevivir solo en el mundo. Si en el embarazo, triste, pedregoso y mohoso que había pasado ya sentía un arrepentimiento de tener útero y hormonas e instinto maternal, en la maternidad misma cada llanto de Daniel me rechinaba en el oído para constatarlo (Navarro 80).

La cita muestra lo que muchas mujeres sienten y piensan con el embarazo y la crianza de los niños, pero que no se atreven a confesarlo por miedo a ser recriminadas socialmente. Esta mujer no considera que tener un hijo sea una dicha, por el contrario, para ella es un suplicio. Comprueba que el instinto materno es un mito, porque no sabe exactamente cómo criar a su hijo. Ante su propia inutilidad se plantea la idea de acabar con él, asfixiándolo: «Les ofrecemos el pecho no solo por instinto sino por el deseo obliterado de acabar con la descendencia antes de que sea demasiado tarde. Craso error de cualquier forma» (Navarro 80). Se trata de una madre narcisista (Recalcati 134), siempre en fuga y con tendencia a la insatisfacción. Por eso esta mujer se buscó un amante, en un intento por llenar el vacío que paulatinamente le provocaba la maternidad y la crianza de su hijo y su sobrina.

La segunda protagonista de *Casas vacías* es una mujer de escasos recursos económicos, cuyo anhelo mayor es llegar a ser madre. Para lograr su propósito se casa con un hombre llamado Rafael, pero por más que lo intenta no logra embarazarse. La vida conyugal se convierte en un infierno y la mujer cree que robándose a un niño puede encontrar la solución a sus problemas. Por eso dice: «creí que Leonel [Daniel, el niño robado] iba a llegar y mejorar todo, pero era nada más tapar el dedo con el sol, lo que está podrido, está podrido, ni modo» (Navarro 40). En esta mujer está presente la idea de que una familia solo funciona como tal sí se tienen hijos y que es responsabilidad de las mujeres el concebirlos. Según Adrienne Rich, para el patriarcado la existencia de la mujer solo tiene un fin: «concebir y criar a su hijo» (253). Dicho deseo no es «un capricho» personal, surgido de un arrebató, sino que se genera mediante un discurso al cual están expuestas las mujeres desde siempre, lo que se afianza a través de la presión social que ejerce la familia o la sociedad misma. Este es el caso de la mujer que se roba a Daniel:

todo empezó cuando mis primas empezaron a tener hijos, de la noche a la mañana las casas de mis tías se llenaron de niños que gritaban por todos lados. Primero dejé de ir a visitarlas, no sé, me sentía incómoda, pero luego empecé a salir con Rafael y al mes de andar le dije que yo quería tener una hija, que si se animaba, que estaba muy guapo, que nos iba a salir bonita. Rafael se ríó y me aventó, no estés chingando, me la voy a crear, me dijo. Pues créetela, porque es en serio (Navarro 42).

El hecho de que las demás primas tengan sus hijos influenciará para que esta mujer quiera los suyos. El no tenerlos implica un disvalor («me sentía incómoda»). Tenerlo es «una credencial simbólica» (Rich 43) de que se es parte de la normalidad. De tal manera, el deseo de tener un hijo no es una cuestión individual, sino una exigencia social. En el texto, la mujer cuenta:

Y es que lo que pasa es que siempre quise tener una hija, peinarla con moños de tela, vestirla con esos vestidos vaporosos que les ponen a las niñas en días de fiesta; verla usar mis zapatos, pintarse la cara, peinarse, no sé, una niña siempre es más divertida (Navarro 40).

Puede decirse que hay aquí un remanente de la infancia femenina, pero también se presenta la prolongación de las tecnologías sociales de género, que desde niñas inculcan en la mujer el desempeño de determinados roles, como el de la maternidad. Dichas tecnologías son tan eficaces que terminan convenciendo a las mujeres de que si no logran tener hijos no están completas (Meruane 24). Por dicha razón, este deseo se convierte en una especie de obsesión:

Con lo que no podía vivir era sin ser madre. ¿Que por qué la aferración? Pues porque sí, ¿qué tiene de malo querer ser madre, qué tiene de malo querer dar amor? Yo quería educar una niña que fuera distinta a mí, a mi madre, a la madre de Rafael, a mis primas. Una mujercita distinta que no se dejara de nadie pero que fuera amorosa, ¿por qué eso podía ser malo? (Navarro 99).

Esta mujer entiende que tener una hija es la oportunidad de formar un ser humano distinto a las mujeres que conoce, las cuales están oprimidas bajo la subordinación patriarcal, mediante los mandatos sociales. Son mujeres golpeadas, violadas, que se encuentran sometidas al adoctrinamiento y la ideología machista que las trata como objetos, para la procreación, la nutrición y el disfrute sexual. Este personaje pretende romper con esa cadena de dolor. Sin embargo, la naturaleza no le permitió realizar el anhelo de dar a luz un bebé, por eso se lo robó. Contrario a lo que pensó inicialmente en lugar de resolver sus problemas familiares solo los agudizó. El esposo no soporta a Leonel por su condición de autista y esto le servirá como pretexto para abandonar el hogar. Asimismo, la mujer recibe el repudio de su familia por haberse robado un niño ajeno. Pese a todo, esta mujer se esfuerza por seguir cumpliendo el papel de la madre normativa, pero le arrebatan al hijo y lo entregan a las autoridades sin que ella pudiera siquiera despedirse.

*Casas vacías* es un libro que muestra descarnadamente lo que implica el ejercicio de la maternidad para las mujeres, así pertenezcan a diferentes grupos sociales. Pone en escena el discurso de la ficción doméstica, que afirma que todas las mujeres –no importa cuáles sean sus características personales ni el lugar que ocupen en las jerarquías y espacios sociales– «son esencialmente seres domésticos, es decir, que todas y cada una son esposas, madres y amas de casa» (Brito Domínguez 70). Ricas o pobres, en una sociedad patriarcal y androcéntrica, las mujeres están condenadas a sufrir debido a los mandatos de la maternidad que les exige conductas que sobrepasan sus capacidades.

## Conclusiones

La literatura latinoamericana de los últimos veinte años tiene entre uno de sus personajes más importantes a la madre no normativa. Esta madre es representada no con un afán de cuestionar su existencia, sino de explicar su aparición. Los textos que se han analizado muestran la complejidad que reviste ser madre. Se evidencia que las mujeres, por el hecho de ser madres, no necesariamente desarrollan aptitudes ni habilidades para ejercer la maternidad. Se trata, en cambio, de un proceso doloroso que se va aprendiendo a medida que se experimenta.

En *Los ingravidos* de Valeria Luiselli se presenta la madre que entiende que al convertirse en tal debe cumplir una serie de mandatos sociales, como posponer sus anhelos personales por los de sus hijos. En este caso, dejar de escribir. El texto muestra que una mujer cuando se embaraza es colonizada, de algún modo, por los hijos que va a tener, pero esta situación no solo se produce durante la gestación, sino incluso en el proceso de crianza, porque el cuerpo suyo es un cuerpo para los hijos. Asimismo, su espacio y su tiempo son trastocados y se transforman en propiedad de estos últimos. A pesar de que esta madre cumple con los mandatos sociales de la maternidad, no lo hace con agrado, sino como una imposición, una orden que debe cumplir.

En *La perra* de Pilar Quintana se tiene a Dámaris, una mujer que al no poder concebir adopta a una cachorra, a la que tratará como una verdadera hija. Sin embargo, cuando la perra crece y no se porta como desea su «madre protésica», la relación entre ambas se estropea. Mucho más cuando Chirli queda embarazada y no se ocupa de sus cachorros. Damaris no está a la altura de las exigencias que la sociedad le impone como madre, por eso termina regalando a su cachorra, pero al no poder hacer que se vaya del todo la termina matando con una soga. No deja de ser un factor importante en esta decisión el hecho de que Chirli se embaraza una vez más, algo que Damaris nunca pudo lograr.

En *Casas vacías* de Brenda Navarro se representa las consecuencias del discurso sobre la maternidad que a las mujeres se les inculca desde niñas, no importa la clase social de procedencia. Este discurso hace creer a las mujeres que asumiendo la maternidad alcanzarán la felicidad, pero una vez que llegan a ser madres se dan cuenta que se trata de una experiencia muy difícil, la que no todas pueden salvar exitosamente. Es el caso de la mujer adinerada de la historia, quien no es capaz de criar ni a su hijo ni a la sobrina que queda a su cargo. Se presenta la figura de la madre arrepentida, la que como dice Donath, debería ser una señal de alarma para replantear las políticas de reproducción y «nuestras ideas sobre la obligación de ser madres» (18). Asimismo, en el polo opuesto, se tiene a la mujer pobre que decide robarse a un niño, creyendo que con la presencia de este sus problemas familiares del presente y del pasado pueden solucionarse.

Las tres novelas analizadas abordan el tema de la maternidad, pero no lo hacen desde el discurso de la actividad natural, esencial e instintiva en las mujeres, sino

como una cuestión social y cultural, en la que dichas mujeres padecen por culpa de estas exigencias, a tal punto no solo de postergar sus proyectos personales, sino de poner en riesgo su integridad física y mental.

### Referencias bibliográficas

- BADINTER, Elizabeth. *¿Existe el amor maternal? Historia del amor maternal. Siglos XVIII al XX*. Barcelona: Paidós, 1980.
- BRITO DOMÍNGUEZ, Myriam. «División sexual del trabajo». Hortensia Moreno y Eva Alcántara (coords.). *Conceptos clave en los estudios de género*. Volumen 1. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2016: 63-76.
- COLLIN, Françoise y LABORIE, Françoise. «Maternidad». Helena Hirata, Françoise Laborie, Hélien Le Doaré y Daniel Senotier (eds.). *Diccionario crítico del feminismo*. Madrid: Síntesis, 2002: 147-152.
- DONATH, Orna. *Madres arrepentidas. Una mirada radical a la maternidad y sus falacias sociales*. Barcelona: Reservoir Books, 2017.
- FREIXAS, Laura. «Maternidad y cultura». *Claves de razón práctica*, 224 (2012): 8-19.
- GIMENO, Beatriz. «Mandatos de la maternidad». Rosa Cobo y Beatriz Ranea (eds.). *Breve diccionario de feminismo*. Madrid: Los libros de la catarata, 2020: 164-166.
- IRIGARAY, Luce. «El cuerpo a cuerpo con la madre». *Cuadernos Inacabados*, 5 (1985): 5-18.
- KRISTEVA, Julia. *Historias de amor*. México: Siglo Veintiuno editores, 1987.
- LEONARDO-LOAYZA, Richard. «Maternidades proscritas, mandatos sociales y violencia en *La perra*, de Pilar Quintana». *Estudios de Literatura Colombiana*, 47 (2020): 151-168. <https://doi.org/10.17533/udea.elc.n47a08>
- LICATA, Nicolás. «Doble, fantasma y madre: vasos comunicantes en *Los ingravidos*, de Valeria Luiselli». *Brumal*, 8: 1 (2020): 71-92. <https://doi.org/10.5565/rev/brumal.648>
- LUISELLI, Valeria. *Los ingravidos*. México: Editorial Sexto Piso, 2016.
- MARCECER, Roberto y KICILLOF, Daniel. «Introducción al psicoanálisis de la elección de los nombres propios: el caso de Sigismund Schlomo Freud». *Revista de Psicoanálisis*, 47: 1 (1990): 129-139.
- MERUANE, Lina. *Contra los hijos (una diatriba)*. Barcelona: Penguin Random House, 2019.
- NAVARRO, Brenda. *Casas vacías*. Madrid: Sexto Piso, 2020.
- ORTNER, Sherry. «¿Es la mujer con respecto al hombre lo que la naturaleza con respecto a la cultura?». Olivia Harris y Kate Young (eds.). *Antropología y feminismo*. Barcelona: Editorial Anagrama, 1979: 109-131.
- PALOMAR, Cristina. «Malas Madres: la construcción social de la maternidad». *Debate Feminista*, 30 (2004): 12-34. <https://doi.org/10.22201/cieg.2594066xe.2004.30.1046>
- POTOK, Magda. «‘La mala madre’: La maternidad como práctica subversiva en la escritura de Lucía Etxebarria». *Ámbitos*, 33 (2015): 53-63.
- QUINTANA, Pilar. *La perra*. Barcelona: Penguin Random House, 2019.
- RECALCATI, Massimo. *Las manos de la madre. Deseo, fantasmas y herencia de lo materno*. Barcelona: Anagrama, 2018.

- REYES, María. «La representación de la maternidad en la literatura italiana. El caso de Juana I, Semíramis y Erzsebet Bathory». *Tonos digital: Revista de estudios filológicos*, 32 (2017): 1-16.
- RICH, Adrienne. *Nacemos de mujer. La maternidad como experiencia e institución*. Madrid: Traficantes de Sueños, 2019.
- ROSE, Jacqueline. *Madres. Un ensayo sobre la crueldad y el amor*. Madrid: Siruela, 2018.
- VARELA, Nuria. *Feminismo 4.0. La cuarta ola*. Barcelona: Penguin Random House, 2019.
- VILCHES, Vanessa. *Desmadres o el rastro materno en las escrituras del yo*. Santiago de Chile: Editorial Cuarto propio, 2003.